

Ecos

sebaknt



Image not found.

Capítulo 1

ECOS

Sintió las manos de su esposa empujándolo con suavidad. Abrió los ojos pero seguía sin ver nada. Tuvo uno de esos despertares pesados, de los que cuesta reaccionar. Finalmente, se incorporó en sus codos y encendió el velador. “¿Qué pasó?”, preguntó. No podía distinguir la expresión en el rostro de su esposa, pero estaba despierta y mirándolo.

“¿Escuchás?”, le preguntó. Entonces, él se concentró en despertar, y escuchar. Captó un sonido agudo, algo lejano, seguido de un silencio, un sonido parecido al que hace un globo al inflarse, y el grito de nuevo. Parecía el llanto de un bebé. Se miraron los dos, aún en la cama, rodeados de una oscuridad levemente iluminada, sumidos en el más absoluto silencio, solamente interrumpido –casi corrompido- por el llanto.

Entonces, él se movió hacia un costado de la cama, estiró las piernas hacia abajo y buscó sus zapatillas moviendo los pies. Una repentina sensación le aceleró el corazón cuando su mente, involuntariamente, imaginó manos que salían de bajo la cama y le agarraban de los tobillos. Manos que estiraban. Manos de bebés.

Se apuró para salvarse a sí mismo de su fantasía de terror, y se colocó las zapatillas algo atravesadas. El dedo meñique del pie derecho no estaba en su lugar, y el dedo gordo e índice de su pie izquierdo entraron al mismo agujero. Sin embargo, no le importó, solo quería escapar de la negrura asentada bajo la cama. Sólo quería silenciar ese sonido, volver a dormir y mañana ir a trabajar e ignorar a todo lo demás, poder volver a su vida monótona y segura.

Caminó torpemente, tratando de acomodar sus dedos sobre la marcha. No había más luces prendidas que el pequeño velador y alguna que otra iluminando el patio y la entrada de la casa. Adentro, la iluminación más importante la proveía la luna. Las otras luces estaban apagadas. Nunca tuvieron motivos para hacer lo contrario.

Caminó hacia el sonido, que ahora era definitivamente un grito, un llanto rítmico que lo rodeaba e inundaba las paredes, pisos y techos de desesperación, de hambre, de dolor. El bebé que estaba llorando de esa forma necesitaba de él, y ya estaba cerca. Ya tenía que estar cerca, lo escuchaba como si fuera que estuviera en sus brazos mismos. La oscuridad nada dejaba ver, y aún si lo hiciera, no habría nada para ver.

Ella seguía acostada en su cama. Abrazaba su almohada y pegaba parte de su cabeza contra ella, mientras las lágrimas empapaban todo cuanto había a su alrededor. Nunca fue una mujer de paciencia para comentarios

estúpidos y bromas. Y esta era la peor de todas, porque era una broma que no venía de un compañero de trabajo o un pariente. Esta broma venía del infierno mismo, y no lograba entender por qué a ella, por qué a ellos... Es que, a pesar de todo, hizo lo que tenía que hacer, porque no había otra opción. Si él se enteraba de su embarazo, tarde o temprano iba a descubrir que no era obra suya, iba a descubrir que ella le falló, y que ella no lo merecía. Se iba a ir. La iba a abandonar. Y ella no podría soportar eso. Entonces, simplemente, tomó la mejor decisión para ambos. Ya vendrían otros embarazos, ya vendrían niños de la pareja. Todo lo demás, sería olvidado... Si tan solo este tormentoso llanto del infierno dejara de perseguirla, si tan solo asumiere su verdadero papel: solo un eco de algo que ya no es.